

Formar a los maestros rurales, ¿para qué?

Belinda Arteaga Castillo

En estos momentos es muy relevante discutir el normalismo rural mexicano, debido a la coyuntura sociopolítica que estamos viviendo. Siempre ha sido importante, pero me parece que ahora es un poco más. Las normales rurales, a lo largo de su historia, han estado frente a una disyuntiva categórica: por un lado, tenemos a las escuelas normales que tienen, muchas de ellas, más de 140 años de haber sido fundadas y son escuelas con un pasado glorioso porque desempeñaron un papel fundamental en la definición de las estructuras del sistema político mexicano. A un lado de ese pasado glorioso, por otro lado, tenemos un futuro amenazado que ha sido una de las constantes de las escuelas normales rurales. Nadie pone en duda que su misión es muy importante –que es la de formar profesores–, pero también sabemos que hay una mirada y una posición adversa porque estas escuelas no han acatado imposiciones ni admitido el control del Estado mexicano.

Las escuelas normales rurales han generado movimientos de resistencia, son interlocutoras críticas y han tenido como ejemplo a las escuelas formadoras de profesores de finales del siglo XIX, durante el porfiriato, cuando formaron maestros que al estar en servicio se sumaron a las filas de la Revolución. Y eso es algo que cuenta para la memoria, sobre todo del Estado mexicano. En suma, las escuelas normales rurales nunca han sido fáciles de controlar, pero esto mismo ha operado en su detrimento.

Digo que tienen un futuro amenazado porque en la actualidad estas escuelas no tienen un horizonte claro y puede que vayan a cerrar a todas o a algunas. No sabemos si las van a transformar en otro tipo de escuelas, como lo sugería Elba Esther Gordillo, ex lideresa del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) en el sexenio de Felipe Calderón. Para algunas autoridades, la idea era convertirlas en escuelas de turismo, por ejemplo. Otro camino posible es fortalecerlas, pero pongo signos de interrogación: ¿qué significa fortalecer a las escuelas normales?, ¿desde dónde las van a fortalecer?, ¿para qué las van a fortalecer?, y ¿cómo las van a fortalecer?

Si alguien me dice: “te voy a fortalecer”, lo primero que quiero saber es que me digan cómo lo van a hacer y en qué sentido. Decir que las escuelas normales se van a fortalecer me parece muy ambiguo, muy general y puede llenarse de cualquier contenido. También se discute que a estas normales deben regresarlas a las universidades, que para algunas fue su origen, tal como lo dicen historiadores de la educación. Según estos investigadores, ése es el origen de las escuelas normales, porque fueron programas dentro de lo que entonces eran los institutos científicos y literarios en varias entidades de México. Luego se les separó y se formaron las escuelas normales. Por tanto, para algunas autoridades y expertos en educación, si ese es su origen, pues que se regresen a las universidades.

Por todo esto, para las escuelas normales rurales hay un futuro incierto y un presente muy cuestionado. Ahora bien, hay que preguntarnos: ¿desde dónde se cuestiona? Mi respuesta es que se hace desde la ignorancia y el desconocimiento de su historia, así como de sus objetivos y características principales. Sé que algunos funcionarios han recorrido las escuelas normales y creen que con eso las van a conocer, pero eso es muy ingenuo. Yo conocí a una persona que fue directora de escuelas normales, quien hablaba y decía: “voy a ir a la normal X pero no quiero vallas, no quiero flores, no quiero aplausos”, y llegaba a la escuela y se encontraba que había flores y aplausos, porque todo era parte del espectácu-

lo y a nadie se puede culpar de haber montado un escenario. Me queda claro que sí se hizo ese recorrido, pero lo que vio no es la realidad, aunque ella y otros funcionarios del sistema educativo mexicano crean que con eso van a poder conocer a las escuelas normales. La verdad es muy compleja.

Los orígenes

La primera expresión de las escuelas normales fueron las normales lancasterianas, en las primeras décadas del siglo XIX, en donde si bien no se formaban maestros, sí se formaban preceptores que dominaran el método de enseñanza mutua. Por esto se les reconoce como escuelas pioneras en la formación de personas que están al frente de una clase, formando o instruyendo a niños, como se decía en aquella época.

Las escuelas normales se van a transformar a finales del siglo XIX cuando se funden dos escuelas normales emblemáticas: la que propone Enrique Rébsamen, que se funda en la escuela normal de Veracruz –la Escuela Normal Veracruzana–, y la que propone Ignacio Manuel Altamirano, que se crea en la Ciudad de México. Prácticamente estas dos escuelas son contemporáneas, con un año de diferencia, y como todo el sistema educativo en general, tiene como antecedentes las Leyes de Reforma y los principios de educación laica, gratuita y obligatoria. La idea era formar maestros científicos que conocieran la ciencia pedagógica y, por tanto, pudieran regular su actividad de enseñanza a partir de los principios de la pedagogía y la antropología pedagógica, del mismo modo que conocieran mejor a sus estudiantes para, de esta manera, responder a sus necesidades, intereses y expectativas.

Existe otro origen de las escuelas normales, pues efectivamente en algunas provincias de la República Mexicana las escuelas normales no nacieron como instituciones autónomas, sino más bien derivaron de lo que inicialmente fueron cátedras de pedagogía, que luego se transformaron en escuelas normales y formaron parte de los institutos científicos y literarios en varios estados. Ya a finales del siglo XIX y principios del XX estas instituciones tuvieron muchos problemas, por ejemplo, con el presupuesto, por lo que directores y maestros se quejaban de que se les destinaran muy pocos recursos. Tampoco se les daba autonomía académica en ningún sentido, ni autonomía administrativa, por lo que a partir de una serie de conflictos con los institutos cien-

tíficos y literarios, las normales promovieron procesos que les permitieron independizarse. A ese proceso de separación de las escuelas normales respecto de los institutos se le llamó “federalización”. Un caso clave es el de la escuela de Morelia, que es emblemática porque la federalización se dio en el sexenio de Lázaro Cárdenas, como consecuencia de un movimiento estudiantil que iba a darle la posibilidad de separarse.

Afirmo que la experiencia es muy importante por varias razones: uno, porque fueron los estudiantes quienes participaron y promovieron el cambio; dos, porque dio lugar a un proceso que luego se repitió en varias escuelas normales; y tres, porque marcó un antes y un después en la historia del normalismo mexicano.

La Revolución y la rebeldía

En el siglo xx, a raíz de la Revolución y de la lucha armada, se crearon escuelas normales en varias partes del país, se reorganizó la agenda nacional y se hizo una crítica muy fuerte a la educación que se impartía durante el porfiriato, calificándola de elitista. También se apuntó como una prioridad nacional alfabetizar y atender a la población económicamente más desposeída. En este caso, se tomaba en cuenta a la gente que habitaba en poblaciones dispersas y lejanas de los centros urbanos, que generalmente eran de origen indígena o campesino. En este momento la idea era expandir la educación lo más que se pudiera, hacer llegar la educación a las poblaciones más apartadas del país, y para eso se necesitaban maestros; pero no cualquier maestro, sino un maestro imbuido por la Revolución que se comprometiera con el cambio social a favor de los más pobres. Ésa iba a ser una mística que aún no se abandona en las escuelas normales. No sé si todavía se lleve a la práctica como en aquellos años de la posrevolución, pero, sin duda, es parte del sentido que profesores y estudiantes le dan a estas escuelas normales.

Durante la primera mitad de los años treinta del siglo xx se formaron las primeras escuelas normales rurales, pero hay que recordar que México vivía el Maximato, es decir, el gobierno real que ejercía el expresidente Plutarco Elías Calles, y la idea de él no era impulsar un reparto agrario extenso, ni crear ejidos y favorecer la propiedad comunitaria, sino más bien la de aplicar al campo mexicano un modelo *farmer*, estilo norteamericano, con pequeños propieta-

rios rurales que tuvieran conocimientos técnicos y supieran hacer producir la tierra a partir del uso de cierta maquinaria y la utilización de insumos modernos. Ésa era la idea: llevar a la práctica este modelo. De este modo, se crean las primeras escuelas normales rurales, con el fin de educar a los campesinos e incorporarlos al desarrollo nacional, que era de corte industrial, aún en el campo.

Como en esas escuelas se estudiaba dos años después de la primaria y dos años de normal, los alumnos estaban cuatro años. Los primeros dos años incluían conocimientos que se impartían en las secundarias y los otros dos años ya eran de formación profesional. En el plan de estudios ya aparecía la pedagogía, técnicas de enseñanza, observación escolar; en fin, temas que pertenecían al mundo de la escuela y al proceso enseñanza-aprendizaje.

Pienso que a partir de 1968 se dio un cambio importante. Como se sabe, fue un año clave para la historia de México y para la educación nacional, así como para las escuelas normales. Un poco antes de 1968 estas escuelas ya eran acusadas de formar guerrilleros y armar a la gente. En concreto, se dijo que algunas de ellas habían propiciado la creación de movimientos sociales y favorecido actos de rebelión, como fue el asalto al Cuartel Madera, en Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965, concebido ahora como la primera acción insurreccional relevante de la guerrilla contemporánea en México, la cual fue protagonizada por una docena de personas, entre ellas maestros.

Todo esto lo dice el destacado profesor José Santos Valdés, denunciando el acoso que hace el ejército de su escuela normal: “Nos rodean, nos están vigilando, nos están amenazando porque creen que aquí se forman guerrilleros, pero nosotros no formamos guerrilleros, ni tampoco delincuentes, formamos maestros con conciencia social”. Esto está escrito en sus libros, dicho de una u otra manera.

Esa sospecha va a llevar al Estado mexicano a tomar varias medidas, una de ellas tiene que ver con la separación de las áreas académicas del internado, aunque en los hechos significó la desaparición de varias normales rurales y, en otros casos, su transformación, argumentando que no eran escuelas rurales porque ya estaban en las ciudades. Las autoridades gubernamentales dijeron: “¿cómo las vamos a mantener abiertas?, ya que las cierren”. En realidad, esta decisión tenía que ver con la sospecha de que ahí se formaban guerrilleros. A partir de esa desconfianza y temor se van a generar muchísimas tensiones entre el Estado y las escuelas normales rurales.

En los años setenta y principios de los ochenta –el periodo en que se dio la “guerra sucia” en México–, el normalismo iba a entrar en una crisis muy

profunda porque hubo varios cambios de programas y planes de estudio en muy poco tiempo. Además, llegó a la Dirección General de Educación Normal de la Secretaría de Educación Pública el profesor Víctor Hugo Bolaños, que representaba al SNTE o a la fracción dominante del SNTE.

El maestro Bolaños les entregó a los estudiantes el control de las escuelas normales, a pesar de que maestros como Mario Aguilera Dorantes y Ramón G. Bonfil se lo advirtieron. Se dijo entonces: “Hay que tener mucho cuidado con eso, hay que poner candados para que las decisiones sean académicas”, pero eso no sucedió. Yo creo que esta decisión, más el acoso a los estudiantes, los cambios tan rápidos y tan poco pensados del currículum, generaron una crisis insondable. Es así que, hoy por hoy, las escuelas normales del país están pagando cuotas por los errores que se cometieron en ese tiempo.

Tiempos neoliberales

En 1984 se establece la licenciatura como obligación para poder llegar a ser profesor. Hay que recordar que en aquel año ya estaba gobernando Miguel de la Madrid Hurtado, quien era el que había abierto las puertas a las políticas neoliberales en México. Eso no lo vamos a poder olvidar, bien lo dijo él. Lo primero que hacen los llamados tecnócratas de los años ochenta es “reformular” la educación normal, no la universidad, aunque la universidad estaba en la mira y lo hicieron en un segundo momento.

Empezaron con las normales, elevando a licenciatura los estudios de educación normal, incluyendo el bachillerato obligatorio para desalentar la demanda, para que la gente dijera: “para qué voy a estudiar la normal si ahora para ser maestro voy a tener que estudiar los mismos años que tengo que estudiar para ser psicóloga o pedagoga, mejor estudio una carrera universitaria”. Ésa era la idea y funcionó muy bien, pues en un año cayó la matrícula casi a 10% del total previo al establecimiento de la licenciatura.

Lo que íbamos a tener a partir de los años setenta, con Luis Echeverría Álvarez, era la firma de un acuerdo de intención con el Fondo Monetario Internacional para reorganizar la economía, y Miguel de la Madrid no había firmado uno, firmó muchos y no únicamente con el Fondo Monetario Internacional, sino con el Banco Interamericano de Desarrollo y otros. El fin era poder conseguir préstamos y favorecer la economía del país. Con ello se au-

mentó la deuda, la cual creció de manera galopante, al mismo tiempo que se perdió mucho de la soberanía nacional.

Para mí, ésa es una coyuntura fundamental, pues a partir de ahí las políticas educativas ya no las estableció el Estado mexicano de manera soberana, sino los organismos internacionales. En este caso, dichas organizaciones financieras establecieron agendas de política pública y luego cada estado nacional las aplicó como pudo, porque hubo diferencias y matices en cada país. No es lo mismo aplicar una política neoliberal en Chile con Augusto Pinochet o en Argentina bajo la dictadura militar, que en México con Miguel de la Madrid, porque aquí hay movimientos sociales que no han sido asfixiados. No es lo mismo vivir en un país autoritario y represor como México, que vivir en una dictadura militar. Hay diferencias, aunque las políticas educativas sean muy parecidas.

Llegamos al siglo XXI y los problemas se acentúan. La pregunta ahora es: ¿cuál es el futuro que les espera a las escuelas normales rurales? Si revisamos lo que se les ha hecho a estas escuelas durante este sexenio, podríamos tener algunas pistas para responder a esta gran interrogante; porque me parece que el futuro para estas instituciones educativas en realidad no se ha definido, por lo menos desde el Estado mexicano. La pregunta sigue en pie: ¿qué vamos a hacer con las escuelas normales y no sólo con las normales rurales sino con todo el normalismo mexicano? También hay que responder a otra interrogante: ¿qué se ha hecho con estas escuelas en los últimos años?

Efectivamente, en las reformas legales que se han venido elaborando estos últimos años no hay menciones explícitas hacia las escuelas normales. Se organizaron foros nacionales sobre las instituciones de formación de profesores para elaborar el Nuevo Modelo Educativo; sin embargo, lo que ocurrió fue que las ponencias fueron leídas por personajes muy destacados que cuidaron el proceso de consulta y las leyeron en público, pero no se tomaron en cuenta en lo más mínimo. Desde mi percepción, los foros fueron un acto propagandístico, un acto más de maquillaje para desalentar la crítica y distraer al adversario crítico. No me parece que se hayan hecho los foros realmente con seriedad y con un sentido académico claro. El resultado de este ejercicio es que no se retomaron seriamente las aportaciones ni hubo conclusiones, esto se puede constatar.

Además de los foros que se sometieron a consulta sobre el Modelo Educativo que incluía a las escuelas normales, en paralelo se trabajó dentro de la

Dirección General de Educación Superior para Profesionales de la Educación (DGESPE) en el diseño de dos licenciaturas que ya están concluidas. Esas dos licenciaturas no tienen que ver con los niveles educativos a donde se dirige. Ustedes estudian la licenciatura en preescolar porque van a trabajar en preescolar y no ocurre así. Esas dos licenciaturas que ya se diseñaron no tienen nada que ver con los niveles educativos; además, desde mi punto de vista, contribuyen a reducir las oportunidades que tenían los profesores egresados de las escuelas normales de obtener un espacio como maestro de educación básica, frente a un concurso que hoy por hoy está abierto.

En la actualidad ya pueden concursar egresados de las escuelas vinculadas a la educación y los egresados de las escuelas normales en igualdad de circunstancias. Pienso que hay una ventaja competitiva que tiene el maestro normalista porque estudió y su perfil responde a las necesidades de un nivel educativo. Con las dos licenciaturas antes señaladas este perfil tendía a desaparecer.

Cuando se diseñaron estas dos licenciaturas, una autoridad educativa de la SEP que estaba en ese momento llamó a un grupo de personas de la Universidad Pedagógica Nacional para consultarnos y conocer nuestras opiniones sobre los programas. Al otro día lo despidieron, entonces yo me quedé con mi repuesta. En realidad, me parecía inconcebible que si ya se tenía un diseño *a posteriori* nos preguntaran sobre el particular. Lo que pretendían hacer era validar con la consulta lo que ya estaba hecho, que no era mi idea en lo más mínimo. Se fueron estos funcionarios y llegaron otros nuevos, quienes abrieron una nueva consulta en diferentes etapas. Me dio la impresión de que eran foros que se hicieron más bien para dar a conocer al nuevo secretario de Educación Pública y alimentar sus aspiraciones políticas personales. Tampoco me pareció que fueran foros auténticos. Francamente no sé en la actualidad cuál es el resultado de los foros, pero me lo imagino.

Posteriormente, Gilberto Guevara Niebla, que no es funcionario de la SEP, sino del Instituto Nacional de Evaluación Educativa (INEE), empezó a invitar a distintas personalidades para preguntarles qué se iba a hacer con las escuelas normales. Lo cual es inquietante, porque quiere decir que la respuesta sigue abierta y eso puede ser una promesa o una amenaza. Pienso que la amenaza cada vez se diluye con los tiempos; es decir, el sexenio ya terminó, formalmente termina en 2018, pero ya terminó en los hechos. No sé si todavía las autoridades crean que están en el momento adecuado para alimentar la hoguera en

la que se van a quemar ellos, porque ellos la prepararon, le echaron gasolina, le prendieron fuego y así se están quemando, y no sé si quieran todavía seguir echándole gasolina al fuego. Pienso que ya se les acabó su tiempo, se agotó el sexenio. Como hay mucha audacia, por decirlo de alguna manera, hasta que no se termine el sexenio no vamos a poder escribir el punto final de esta farsa, porque todavía tienen tiempo.

Otra vez la pregunta

Me preocupa mucho lo que sucede porque estos errores se quedan, nunca se rectifica del todo y eso es alarmante, yo estoy a la expectativa y digo lo que sé. La pregunta de las autoridades “¿qué vamos a hacer con las escuelas normales que se plantearon los carrancistas a principios de siglo?” sigue en pie, no saben qué hacer con las escuelas normales. No las pueden cerrar, no las pueden destruir, no las pueden olvidar, no las pueden hacer pedazos, porque tienen un rico pasado y un presente vivo y sí movilizan gente. Sí creo que esto es lo que quieren estas autoridades, pero no lo sé, porque hay mucha incertidumbre, la pregunta está en el aire. Por otra parte, tenemos que estar conscientes de que no todas las escuelas normales del país son iguales, ni están todas en las mismas condiciones: hay escuelas normales muy débiles y otras muy sólidas. Algunas de ellas pueden ser objeto de violencia extrema, como vimos lo ocurrido en Ayotzinapa, Guerrero. Habrá que seguir esperando.